

"La magna belleza decorativa de Las Marifías..."



LAS MARIÑAS

SEDUCCIÓN DE LOS SENTIDOS



PRASCIENDE la opulencia de la privilegiada zona mariñana en un caudal de multiplicidades tales que seduce a los sentidos, con correspondiente respuesta a su llamada en variedad singularísima. He aquí, sintéticamente reducidos a una expresión significativa de su peculiaridad, los términos con que las apariencias externas de Las Mariñas se revelan a la vibración sensorial.

Las aguas, en sus lindes riales, despiden olor a algas y traen la aportación del yodo y la ozonización del mar. Por los remansos, los mimbres de los juncales y los légamos barrosos impregnan un aroma húmedo y penetrante. Las praderías despiden la fragancia de sus henos; los pinares, sus resinas; perfuman los jardines las magnolias; las cercas, los rosales y las madreselvas; la enredadera de jazmín trepa por los tapias, y en la arbitraria urbanidad de los lugares hay una emanación del humo hogareño, del caliente vaho de los establos, de la concentración olorífera de los estratos de viejas maderas y herrumbres oxidadas, que exhalan las antiguas construcciones, alboyos y bodegas; y los vetustos templos y sus atrios que parecen expeler largo tiempo vestigios de incienso.

Recibe el tacto la caricia de mirtos y laureles; el terciopelo de los musgos compactos, sobre los muros, ofrece sus suavidades; el toque de las frescas yedras de las murallas es otro halago, y los pétalos de las elegantes camelias, el ramillete de las violetas escondidas, de los heliotropos y de los lotos, dan a los dedos que los rozan su dulce tersura, así como los céspedes de los jardines rinden alfombra de blando contacto.

El más sensual de los sentidos concentrado en el paladar se penetra pronto, con el placer gastronómico, de los atractivos propios de la producción en que la Naturaleza y el arte humano del condimento se prodigan. Da aquella donación espléndida y gustosa en los fru-

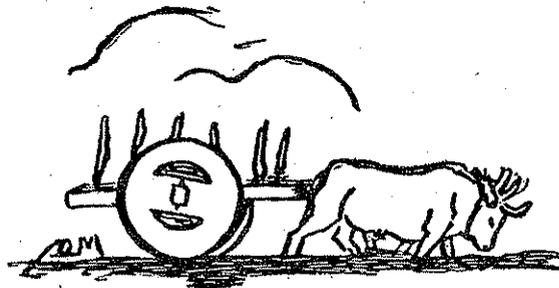
tales de las huertas, pavías, albérechigos, peladillos, ciruelas claudias, peras de manteca, de Don Guindo, urracas, manzanas reinetas, tabardillas, higos y cerezas, todo el acopio de la arboleda ubérrima; dan parrales y viñedos las racimadas que en la vendimia se truecan en el vinillo agrio e incisivo, aunque sin peligro alcohólico, llamado «del país»; y dan bancalles, bien dispuestos, los hermosos fresones, y en las invernales estadías aparecen nabizas y grelos tierras adelante, por toda la comarca. Las aguas marinas tributan su suministro riquísimo: el rodaballo, la robaliza, la sardina, y los ríos rivalizan, desprendiéndose de su población de truchas y salmones, y hasta los arenales se dejan desalojar de sus viveros de almejas y berberechos. Y en lo que interviene la experta obra culinaria de los —más bien las— indígenas, los apetitos del gusto hallan soberbia delectación: filloas y empanadas —de «raxo» o de lamprea— roscones de pan y huevo, mixturas de brona, tanta y tanta «larpeirada»...

Vamos a remontarnos a los dos sentidos que despiertan sensaciones más altas. Y escuchemos los ritmos de todas las musicalidades ambientales: el son de las olas que rompen en el playazo, el susurro de las fontanas, la canción de la presa cabe el molino, el ulular de la pinarada, la silbata del mirlo y el trino del gorrión, el trompetazo del gallo, la quejumbre del carreto, la voz del rapaz que apacienta el «gando» por el ribazo. Una sinfonía de complejos compases y contradictorias armonías. Como una obertura que finaliza en *lieder*, porque hay ecos de campanas y resonancias de trémulos rumores crepusculares —el toque del Angelus y el llamamiento imperativo del hombre que ara— y hay en un eglógico rincón de braña la cantata dulce de una mocíña, y allá, de la fraga, viene, a la vez, el timbre feble y tierno del arpegio del ruiseñor.

En cuanto a los ojos, la prestancia escenográfica del paisaje es un continuo alabar a Dios. Toda la gama de los matices conjunta la diversidad de los tonos. Hay un prodigio de claroscuro en las ondulaciones, sombras graduales en los altibajos del relieve, finos esbozos en las cimas y tenues vaguedades en los llanos. Los colores más opuestos contrastan: verde intenso de los maíces, oro vivo de los trigales, rojo en las techumbres y blancor en los tapiales. Y con todo, el gris desvanecido de las neblinas en las hondonadas, el pardo de las piedras rancias, el difuminado de las lontananzas azules, el negro de las profundidades umbrosas. La magna belleza decorativa de Las Mariñas cifra un apogeo de sumandos de cuantificación maravillosa y en la mirada clava la punzante impresión de su persuasiva permanencia de hermosura.

Algo que de los sentidos deviene a plasmar en pleitesía de rendimiento lírico. Tal el poderío de la galanura mariñana. Ante ella el genio más refractario a un adueñamiento estético se rinde. Yo he atestiguado como los tipos psicológicos más rudos, los temperamentos más áridos, los caracteres más serviles al prosaísmo, no han resistido, y terminaron por exclamar, agobiados, en una reacción, para ellos inexplicable: «no sé qué siento ante todo esto». Y yo he sonreído comprobándolos vencidos por la belleza embrujadora y sin pareja.

FERNANDO HERCE Y VALES



(Cabecera de Emilio de la Iglesia Caruncho y viñeta de D. Maza.)